

quierdo (don Saturnino), uno en la calle del Camarín y otro en la de la Azucena. Del pelotón se destacó uno de los milicianos, que debería ser el jefe y llamando en la puerta de la calle del Camarín, ordenó que saliera el obispo. Dentro de la casa, atemorizados, permanecieron en silencio sin dar oídos a la llamada. Los milicianos, impacientes, mostraban su nerviosismo, dando golpes en la cancela y en las puertas invitando a salir.

— “Si no abren, dijo uno de ellos— será peor, pues se volará la casa.” Al instante sacaron unos cartuchos de dinamita que colocaron en las puertas preparados para encender la mecha.

bían irrumpido en el zaguán. Vestía como de costumbre, como cuando en los días tranquilos daba su acostumbrado paseo o emprendía un viaje: su sombrero de pastor y su hábito; el pectoral fulgía en su pecho; la amatista, en el anillo de su mano:

— Vamos a donde queráis— respondió a la patrulla”.

“Y volviéndose hacia las mujeres y los niños, que lloraban desconsoladamente, los bendijo. Después montó con un gesto resuelto en uno de los coches. Su capellán fue a subir tras él; pero un miliciano le contuvo:

—¡Contigo no va nada; quédate!...

El joven sacerdote se limitó a decir:

—He acompañado siempre a mi señor y en este trance haré lo mismo. Quiero correr su suerte...

Cuando el coche arrancó, el doctor Esténa-ga reconvinó paternalmente a sus guardianes:

—Estáis cometiendo un pecado mortal al ultrajar mi condición de obispo. Me da pena la pérdida de vuestras almas...

Le interrumpieron brutalmente:

tido de Gil Robles. No se le conocían enemigos personales, porque las clases menesterosas le debían muchos favores. Nadie sospechaba que pudiera ser asesinado.

En la noche del 22 se hallaba en su puesto de combate, que eran las salas del Hospital Provincial. De allí fueron a sacarle los milicianos rojos. Aquellos brutos jugaban con el crimen como si se tratase de un deporte entretenido y se permitían caprichos macabros:

—Vamos a acompañarle —le dijeron— a que haga su última visita a los enfermos que usted estime más graves, porque, después de todo, ellos no tienen culpa de nada y no deben quedarse sin asistencia.

Cama por cama fue, en efecto, el doctor Cilleruelo pasando su última visita profesional. Serenamente dió instrucciones a otro de los médicos que había de suplirle. Después montó en el coche con sus verdugos. Cuando estaban en las afueras de la ciudad se apoderó, en un impulso violento, del volante y apretó el acelerador con el fin de estrellarse y morir con sus asesinos. Pero el chófer y los que le acompañaban se abalan-

“Y avanzó resuelto al encuentro de sus verdugos que, una vez franqueada la cancela, habían irrumpido en el zaguán. Vestía como de costumbre, como cuando en los días tranquilos daba su acostumbrado paseo o emprendía su viaje; un sombrero de pastor y su hábito..”

Al parecer, alguien del Frente Popular se percató de la barbaridad que se iba a cometer y se destacó hasta el lugar a fin de disuadir a los milicianos de la voladura de la casa, argumentándoles que era una de las mejores casa de la ciudad y que podría tener múltiples aplicaciones para el futuro, consiguiendo de esta manera que los milicianos desistieran de su bárbaro propósito.

En el interior de la casa se desarrollaban escenas de dolor y de confusión, ya que a don Saturnino, le habían detenido en su despacho del Banco y no pudo trasladarse a su casa. Trató el obispo de serenar a cuantos permanecían en el interior y les ordenó que abriesen las puertas. Con gran serenidad y confianza en Dios el obispo se presentó ante aquél pelotón de milicianos dispuesto a no renunciar, como pastor, de sus ovejas. Este es el testimonio del cronista que queremos transcribir y que hemos obtenido de “Historia de la Cruzada”:

“Y avanzó resuelto al encuentro de sus verdugos, que, una vez franqueada la cancela, ha-

—Déjese de sermones. Ya le queda poco que hablar.

El coche, escoltado, cruzó algunas calles y fue a salir por la puerta de Toledo. Torció luego por un camino de travesía hacia el lugar que llaman “El Piélagu”, en las proximidades del río. Allí echaron todos pie a tierra, y el señor obispo bendijo a sus verdugos, diciéndoles que los perdonaba y que pediría por su arrepentimiento.

Se echaron a reír con risas feroces:

—Te quedan todavía un par de minutos. Primero vamos a despachar a tu hijo. Y señalaban al capellán, muy satisfechos del innoble sarcasmo, que se les antojaba muy gracioso.

Fusilaron, en efecto, primero a don Julio Melgar e inmediatamente al doctor Esténa-ga. Los balazos los recibió todos en la cabeza y rostro, que quedó completamente desfigurado. Después trataron de arrastrar los cadáveres al río, pero se cansaron sin duda y desistieron. Dejaronlos abandonados y regresaron a Ciudad Real.

En la mañana siguiente acertó a pasar por allí un zagal de la finca “Peralvillo”, de la Casa de los Treviño, y encontró los dos cuerpos con los rostros ennegrecidos por la sangre coagulada que los cubría. Asustado el muchacho, montó en una bicicleta y fue a dar aviso del terrible hallazgo a sus señores. Poco después se presentaba un camión, que recogió los cadáveres, conduciéndolos al depósito del cementerio.

Allí se hizo cargo de ellos la superiora del Hospital provincial, que había acudido al fúnebre recinto a recoger a otra víctima inmolada en la noche aciaga del día 22: el doctor en Cirugía y tocólogo don Luis Cilleruelo, que prestaba sus servicios en el mencionado Hospital. De acendradas ideas religiosas, actuó en política cuando vió a la Iglesia en peligro. Afiliándose al par-

zaron sobre él, dominándole. Ensangrentado y tumefacto, le arrastraron hasta las paredes del cementerio y allí lo remataron brutalmente.”

“La tragedia adquiría ya caracteres de barbarie asiática, que superaba a todo lo que hasta entonces se conocía de otros lugares de España. Funcionaba un Tribunal revolucionario, que empezaba a dictar sentencias que se cumplían inexorablemente. Así el día 27 fue juzgado y fusilado el abogado Horacio Fernández Dickinson, de veintitrés años, entusiasta miembro de Acción Popular. Todos sus compañeros de agrupación que se encontraban detenidos debían seguir su suerte con cortos intervalos.

La Iglesia iba a perder otra de sus figuras salientes en la Mancha: el superior de los Jesuitas, padre Manuel González, que durante muchos años había ejercido un apostolado benemérito en las juventudes obreras.

Antes del advenimiento de la República poseía la Compañía de Jesús un Seminario que se alzaba en la plaza del Pilar. A él concurrían unos cien alumnos. Al disolver la República las milicias de San Ignacio quedó clausurada la residencia, incautándose de su colegio el Ayuntamiento.”

Con esta transcripción, cerramos el capítulo de Ciudad Real, capital, porque es también importante que recojamos algo de lo ocurrido en nuestros pueblos. Somos conscientes de que hemos silenciado mucho pero nuestra misión no es contar la historia de pe a pa, sino relatos sueltos que nos den una imagen,